

Juan Justiniano y el arte de traducir en la Europa del Renacimiento

Helena Rausell Guillot
(Universidad de Valencia / *Estudi General*)

En la bibliografía en lengua castellana el nombre de Juan Justiniano aparece indefectiblemente ligado al de Juan Luis Vives, pues no en vano él figura como el primer responsable de la traducción de una obra suya al castellano, la *Instrucción de la mujer cristiana*, impresa en Valencia en las prensas de Jorge Costilla en 1528 y dedicada a la reina doña Germana, viuda de Fernando el Católico. Más allá de esto, los datos que se aportan sobre Justiniano suelen ser escasos y generalmente imprecisos. En las numerosas monografías y obras generalistas sobre la cultura y la sociedad de la época apenas sí se refiere su condición de italiano o su vinculación a la corte virreinal establecida por doña Germana y su tercer marido, don Fernando de Aragón, duque de Calabria, en la Valencia post-agermanada.

Sin embargo, las cosas cambian si consideramos las diferentes variantes que ese mismo nombre proporciona en otras lenguas: *Giovanni Gustiniano* en italiano, *Ioannes Iustinianus* si lo latinizamos o incluso *Joan Justinià*, en valenciano. Si aceptamos que todos ellos no son sino variaciones y que, por tanto, se refieren a una misma persona, los datos que ponen al alcance del investigador el estudio de sus obras y de sus traducciones proporcionan todo un abanico de nuevos datos que, además, tienden a encajar, confirmando, casi con total certeza, que se trata de un mismo personaje.

Juan Justiniano no sería italiano sino cretense. Habría nacido en Candía, nombre con el que entonces se conocía a la isla de Creta, a finales del siglo XV, entre 1495 y 1500. Como preceptor, traductor y cortesano reside primero en la capital del Turia, donde su presencia se documenta por primera vez hacia 1520, para después retornar a los dominios controlados por la Serenísima República de Venecia, alternando estancias en Padua, Venecia y Ferrara, ducado de los Este. A lo largo de su vida se vio obligado a buscar la protección de diferentes mecenas, entre los se cuentan, además de los virreyes de Valencia, príncipes de la iglesia como el arzobispo de Nicosia, Livio Podocataro o el cardenal Gregorio de Armañac, embajador francés, y grandes nobles, como el duque de Adria. Tuvo también que trabajar como docente o preceptor privado, además de estar muy introducido en el mundo de la imprenta en Venecia, donde llega a ofrecer sus servicios a impresores de la talla de Aldo Manucio. Compatibilizó la docencia con la traducción del latín al romance castellano o italiano, dedicando sus esfuerzos ocasionalmente a autores coetáneos como Juan Luis Vives y, con más frecuencia, a escritores clásicos como Terencio, Horacio, Cicerón, Suetonio o Virgilio, más demandados por el mercado de la época. Como escritor original fue autor de algunas poesías, publicadas de forma dispersa, de una compilación de epístolas aparecida en 1554 en Basilea en las prensas de Oporino y de algunos discursos y obras menores.

La estancia en Valencia. La traducción castellana de la *Instrucción de la mujer cristiana* de Juan Luis Vives

Desconocemos dónde se formó Justiniano. Abandonó su isla natal aún siendo muy niño, con tan sólo diez años. En estos términos lo refiere uno de sus amigos, el veneciano Lorenzo Contarini, en una epístola fechada el 1 de septiembre de 1552: “Te dejó salir tu patria niño y desnudo, carente de todo, inculto, sin letras, sin formación, mudo, sin habla, y sin ningún conocimiento de las cosas buenas, provisto sólo con el ánimo de aprender y con el deseo de saber, de recorrer el mundo, de ver y conocer las

novedades y prodigios que, aún niño, lleno de admiración, escuchabas en tu patria mientras otros conversaban” (Justiniano 1554, 157).

No sabemos cuál fue su destino final. Lo más probable es que recabase en Padua o en Venecia, pues es este era el lugar al que acudían con más frecuencia los chipriotas y cretenses que querían acceder a los estudios superiores. También es posible que marchase a París, donde podría haber coincidido con Juan Luis Vives (1509-1514). En cualquier caso, es un buen conocedor del latín, *lingua franca* de los humanistas y quizá poseyera cierta formación en derecho, ya que en algunas de las portadas de sus obras aparece su nombre precedido por el título de “micer”.¹

Justiniano estaría ya en Valencia a finales de la segunda década del siglo XVI. Así lo demuestran los trabajos de Febrer Romaguera, que nos permiten saber que “Joan Justinià, de nación cretense”, trabaja como profesor en las escuelas de gramática de la ciudad y también en el *Estudi General* - nombre con el que antiguamente se conocía la universidad- durante las Germanías. Impartía lecciones de gramática latina como profesor camerista o profesor privado en una de las salas asignadas a las escuelas municipales de gramática en las que se preparaba a los estudiantes para el ingreso en la facultad de artes. El curso 1520-1521, la juradería agermanada restablece en la universidad la cátedra de gramática latina, nombrando como titular a *Joan Justinià* el 26 de octubre de 1520, quien permanecería al frente de la misma hasta su suspensión en 1521 (Febrer Romaguera, 32, 78, 233 y 234).²

La siguiente noticia que tenemos sobre Justiniano es su traducción de la *Instrucción de la mujer cristiana*, publicada en Valencia en 1528 y que lo sitúa en el entorno de los virreyes de Valencia, como “continuo” o criado de don Fernando de Aragón. El prólogo de su traducción refiere su condición de “extranjero” y esta es reiterada en la nueva versión de la obra, anónima, que se publica en Alcalá de Henares tan sólo un año más tarde, en 1529. La edición de Alcalá incluye una copia de la epístola “Al christiano lector” que Juan Justiniano incluye en la impresión valenciana. En ella solicita la benignidad de los destinatarios de la traducción por su condición de forastero de estos reinos: “Sólo te quiero rogar que, teniendo respeto de hombre piadoso, quieras antes recibir con amor los honestos trabajos que buscar con hastío los negados deleites y tengas por mejor huésped al extranjero que trae el pan a casa limpio (aunque no ahora tan blanco) que no el que por muy blanco y blando que te lo dé va envuelto en çaraças” (Anónimo 1529, 171r./v.)

Esta segunda traducción no es una nueva versión del original latino, sino, como recientemente ha analizado Marco Antonio Coronel, una revisión mejorada de la traducción de Justiniano, necesaria en parte, por la condición de extranjero del primer traductor pero también por la voluntad de adaptar la obra a un mercado diferente, el de la Corona de Castilla.³ De hecho, en el proemio de la nueva traducción del libro de Vives - “agora nuevamente corregido y enmendado en buen estilo castellano”- se

¹ Es el caso de su traducción al valenciano de la obra de Vives. En la Corona de Aragón, éste era un título honorífico aplicado a los juristas. Su equivalente en italiano, *messer*, también consta en sus traducciones de Terencio y Virgilio de 1544 y 1542.

² Lo cual invalidaría la posibilidad, apuntada por Joan Fuster, de que Justiniano estuviera al servicio del duque de Calabria con anterioridad a 1523 en la prisión del castillo de Játiva. Fuster, 23.

³ Para obtener más información sobre esta segunda traducción de Alcalá puede consultarse Bataillon, 634-635. Este mismo autor da noticia de algunas de las posteriores ediciones de la obra. Pese a no ser exhaustiva, incluimos aquí la referencia por si pudiera ser de utilidad para el lector: Sevilla, 1535; Zaragoza, 1539, 1545 y 1555; Zamora, 1539; Valladolid, 1584. Bataillon 1996, 634, nota 39. Palau Ducret señala cuales de estas ediciones siguen la primera traducción valenciana o la posterior de Alcalá de Henares.

apuntan tres razones para la nueva versión: las dificultades del primer traductor con la lengua castellana, su adición de fragmentos al original latino y la omisión, incomprensible para el segundo traductor de la obra, de las referencias a la familia de Juan Luis Vives.

La epístola nuncupatoria que abre la traducción de Alcalá, datada el 10 de noviembre de 1529, identifica al primer traductor, Juan Justiniano, como criado sirvado en el entorno virreinal. A pesar de alabar su trabajo, vuelve a incidir en su condición de extranjero:

Supé como estava traducido por Juan Justiniano, continuo de vuestra real casa. E luego procuré haver en la mano el mismo tratado en castellano. Y en verdad digo, muy serenísima señora, que a mí me fuera escusado ponerme a emendar cosa que él óbviese hecho, porque ni a él le faltó desseo de servir a vuestra alteza ni menos dexó de entender la sentencia. Pero, como él mismo dice en su epístola, tuvo falta de muchos vocablos que esta nuestra lengua española pide a los que en ella quieren escribir o hablar. Y desto no me maravillo, porque aún los muy naturales yerran en ella, quanto más los que peregrinamente la deprenden. (Anónimo 1529, 1v.)

La traducción de Justiniano está plagada de valencianismos, además de estar adaptada a la realidad del contexto valenciano de la época. Incluye alusiones a grandes damas del reino como doña Francisca de Castro-Pinos, segunda esposa de don Juan de Borja, duque de Gandía, a quien presenta como ejemplo de devoción y buen comportamiento marital (Pons Fuster, 29-30). También elimina todas las alusiones a los padres de Vives (Ximeno, 357; Fuster, 44-45), lo que extraña sobremanera al traductor anónimo de Alcalá: “Assí, se me ofrecieron muchas cláusulas que fue necesario traduzirlas de nuevo y assí mesmo hove de traducir de algunos capítulos que no estaban en la primera traducción. Que la causa dello qual fuese yo no lo sabría decir” (Anónimo 1529, 1v.)

Obviamente, la censura sobre la familia de Vives se debió a los procesos inquisitoriales incoados por la inquisición valenciana, cuestión que, aunque sobradamente conocida en la Valencia de la época, no era un referente necesariamente obligatorio para el lector castellano. Hoy en día, en cambio, de todos es bien sabido que en 1524 la Inquisición valenciana entregaba a Luís Vives Valeriola, padre de Juan Luis Vives, al brazo secular acusado de cripto-judaísmo. En 1528, el mismo año en el que se publicaba la primera traducción de una obra suya en su ciudad natal, la Inquisición incoaba un segundo proceso contra la memoria de su madre, Blanca March, que no finalizaría hasta 1530, cuando sus restos serían trasladados desde la iglesia de santa Catalina en Alcira hasta la ciudad de Valencia para ser quemados en público. No en vano, cuando en 1538 el propio Vives reedite, corregida, su obra en latín, en la nueva versión desaparecerán, como en la traducción de Justiniano, las alusiones a sus padres.

De naciones, lenguas y nacionalidades

Los primeros en señalar que Juan Justiniano era italiano fueron los bibliógrafos del siglo XVIII, concertadamente José Rodríguez. Tras él, le atribuyen esta nacionalidad Benedetto Croce y, siguiéndolo a él, Joan Fuster, aunque otros autores, como Marcel Bataillon, creen que era originario del reino de Valencia (Bataillon, 634) y otros especulan aún sobre su origen, apuntando la posibilidad de que sea genovés, veneciano, napolitano o español (Moreno Gallego, 339-340). En realidad Justiniano era natural de Candía (Creta), isla controlada por la Serenísima República de Venecia entre 1204 y 1669.

Ya hemos visto como en la documentación de la Universidad de Valencia aparece un *Joan Justinianò, de nació cretense*. En el epistolario de Juan Luis Vives se incluye una misiva, sin datar, dirigida al francés Germain de Vrie en la que se alude a *Juan Justiniano, el cretense*. Nuevamente esta nacionalidad aparecerá en unas traducciones al toscano de Virgilio y Terencio publicadas en Venecia en 1542 y 1544 respectivamente, cuyo autor es *Giovanni Giustiniano di Candia*, al tiempo que en 1554 Oporino publica en Basilea unas epístolas latinas suscritas por un *Ioannes Iustinianus* al que vuelve a serle aplicado el gentilicio “cretense.”

Su condición de ciudadano de la República de Venecia vendría refrendada, igualmente, por el dominio de la lengua italiana del que presume en la nuncupatoria de la referida versión de la *Instrucción de la mujer cristiana*. En su dedicatoria a la reina doña Germana, el traductor refiere su intención de trasladar en un futuro el tratado al italiano, dedicándoselo a doña Isabel del Balzo, viuda del rey Federico I de Nápoles, y a a sus hijas, hermanas del duque de Calabria, refugiadas, por aquel entonces, en Ferrara, en un fragmento en el que, además, testimonia su conocimiento de la evolución en las prensas de la obra de Vives, lo que podría considerarse como un indicio más de las estrechas relaciones existentes entre traducido (Vives) y traductor (Justiniano):

Item, viendo que las tierras estrañas se aprovechan y gozan della, como sea verdad que ya está traduzida en lengua ynglesa por el Thesorero Mayor del rey de Inglaterra por mandado de la mesma Reyna y también entiendo que lo está en lengua francesa, ca en italiano yo tengo esperança en nuestro Señor de traduzirla y (si otro no me previene) haré servicio con ella a la Sereníssima Reyna de Nápoles, suegra de Vuestra Alteza, y a las excelentísimas infantas, sus hijas y vuestras cuñadas, según sirvo con esto a Vuestra Alteza. (Justiniano 1539, 3v.)

Igualmente, en una de las cartas que se incluye en el epistolario de Basilea se afirma que Justiniano domina varias lenguas y que es autor de obras compuestas tanto en castellano como en italiano y en latín. Así lo suscribe en 1552, una vez más, Lorenzo Contarini: “Vuelves y te reintegras a esa misma patria no como un niño ignorante e inexperto, sino como un hombre grave y maduro, [...] no desnudo, sino equipado y dotado de varias cualidades intelectuales; no mudo y sin habla, sino ornado y distinguido con varias lenguas, como muestran claramente tus escritos en italiano, español y latín” (Justiniano 1552, 157).

De vuelta a Italia. La amistad con Vives y con Germain de Brie

Juan Justiniano regresa a Italia a mediados de la década de los años treinta. La noticia aparece en la referida epístola que Juan Luis Vives dirige a Germain de Brie, que, en cualquier caso, es anterior a 1538. La carta, incluida en las ediciones de Riber y de Jiménez Delgado, resulta interesante, porque prueba la relación personal de Justiniano con ambos y porque apunta las posibles razones del retorno de Justiniano a la península itálica, que son tanto de salud como crematísticas:

Juan Justiniano, el cretense, que estuvo ahí algún tiempo y te trató familiarmente según tengo entendido, me contó muchas particularidades de tus estudios, de la singular probidad de tu carácter y de la buena voluntad que me tenías [...] Tu caro Justiniano vuelve a Italia a aquella salubridad de los baños, por probar si podrá soldar la rotura de su brazo y, como creo, a la posesión de su completa felicidad y lo que es más fastidioso, por ser un esforzado encubridor de su necesidad. (Jiménez Delgado, 620-621)

Esta epístola parece referir una estancia de Justiniano en París, anterior a su retorno a Italia, además de apuntar la existencia de otras epístolas cruzadas entre Justiniano y Vives. Germain de Brie, más conocido por la versión latina de su nombre,

Brixius, disfrutaba en esos momentos de una situación acomodada, gracias a su condición de limosnero real y a la acumulación de beneficios eclesiásticos, que se sumaban al inicial como archidiácono de Albi. De hecho, poseía dos casas en París en las que solía alojar a sus amigos (De la Garanderie, 202).⁴

El gusto por Vives y el reconocimiento testimoniado por Justiniano a su figura y a su obra son una constante a lo largo de su trayectoria vital. La primera alabanza al humanista valenciano está presente en la nuncupatoria y en el prólogo de la traducción castellana de 1528. Fue destacada en su día por Alcina Rovira como “la primera de Vives que se conoce” (Moreno Salvadores, 340.) El traductor loa la prosa de la *Instrucción* en una alabanza que parece nuevamente indicar el conocimiento del resto de su producción, ya que arguye es “un libro en latín, por estilo muy agradable y bibo y eficaz, según lo son todas sus obras” (Justiniano 1539, 2v.) Igualmente, significa a Vives como “maestro de bondad” y lo destaca como uno de los grandes autores de su época: “Nos ha dado entre tantos señalados doctores de nuestros tiempos uno natural de España y aún nacido en medio desta insigne ciudad de Valencia do vuestra alteza reside”. (Justiniano 1539, 4v.)

Una obra posterior, la *Epístola a Lázaro Bonamico*, incluye una alabanza similar. En ella el cretense sitúa a Vives a la altura de otros grandes humanistas como Rodolfo Agrícola, Policiano o Giovanni Picco della Mirándola y elogia en estos términos el conjunto de su obra: “El valenciano Juan Luis Vives, al que los dioses concedieron una vida bastante prolongada ya que cumplió los cuarenta y ocho años y quien, ciertamente, con esta edad publicó tantas obras ilustres y únicas que hubieran bastado sin discusión aunque hubiera sobrepasado la edad de Homero o Séneca” (Justiniano 1554, 163).

Otras alusiones en su obra y en su correspondencia confirman la relación personal existente entre ambos, relación que hasta ahora se insinuaba tan sólo a partir de la referida epístola de Vives. En *De divo Nicolao Smyrne Pontifice sermo* aparece formulado en estos términos: “El docto y pío Juan Luis Vives, antaño unido a mí por una gran amistad e intimidad” (Justiniano 1554, 180-181). La misma idea se reitera en una epístola a Jorge de Armañac, obispo de Rodez, datada el 1 de julio de 1553, cuando Justiniano afirma que Juan Luis Vives fue: “Un hombre al que estimé en vida y ahora, muerto ya, también venero” (Justiniano 1554, 8).

El regreso a Italia. Las traducciones de Cicerón, Virgilio, Terencio, Horacio y Suetonio

No sabemos con certeza que razones mueven a Juan Justiniano a abandonar Valencia, aunque quizá este hecho esté relacionado con la muerte de la reina doña Germana en 1536 o con el proceso abierto ese mismo año contra otro servidor del duque, el bachiller Juan de Molina, traductor de Erasmo. En cualquier caso, su presencia en Italia está documentada entre 1538 y 1554, período en el que alterna estancias en tres de las más importantes ciudades del norte de la península: Venecia, Padua y Ferrara. La primera, con una gran colonia de cretenses, era un centro humanista

⁴ Considerado por los propios humanistas “el más importante de los poetas neolatinos franceses”, fue también amigo y corresponsal de Budé y de Erasmo, quien lo alabaría en el *Ciceronianos*. Compuso algunos epigramas latinos tras la muerte de Ana de Bretaña, aunque es especialmente conocido por la polémica poética sostenida con Tomas Moro -*Antimorus*, 1519-. En 1522 retornó al griego, iniciando la traducción de algunas obras de san Juan Crisóstomo, para lo que contó con el apoyo y la ayuda de Erasmo. Tradujo concretamente *De sacerdotio* y sus homilías sobre la Epístola de san Pablo a los romanos, publicadas en las prensas de Jerónimo Froben y Nicolás Episcopio en marzo de 1533. En 1536 fue publicada en París una edición integral de la obra, con los textos griegos que incluía dieciséis homilías y que fue completada con las dieciséis restantes el año siguiente.

de proyección internacional. De ella dirá Augustin Renaudet “era un teatro prodigioso.” Dueña de una enorme riqueza, “creada por el comercio, mantenida por el comercio”, aseguraba en el siglo XVI las relaciones comerciales entre la Europa Occidental y el Lejano Oriente (1998, 151). No poseía universidad y era Padua, situada a muy poca distancia de ella y controlada políticamente por la Serenísima, quien cumplía con esta función. Ferrara, por su parte, era sede arzobispal y centro universitario desde 1391, además de un importante foco renacentista. Capital del ducado homónimo, en ella se ubicaba la corte de los Este, que en tiempos de Hércules II de Este (1534-1550) contó con una importante presencia francesa alrededor de su esposa, Renée de Francia, además de convertirse con el tiempo en lugar de refugio para los calvinistas.

En Italia Justiniano trabaja como traductor y como docente, tratando de brindar sus servicios a mecenas e impresores y ofreciendo manuscritos para su impresión o para su adquisición personal. Esto vendría a confirmar la hipótesis de Moreno Salvadores de que nuestro personaje “parece tener un andar por la vida corto en recursos y amplio en contactos” (2006, 229). De hecho, en estos primeros años en Italia se mueve dentro de la órbita de influencia francesa, dedicando sus traducciones a Francisco I y a sus embajadores, con los que mantiene una correspondencia en la que les llega a ofrecer sus manuscritos incluso antes de que éstos sean publicados.

La primera noticia cierta que tenemos de Justiniano en la península es la publicación de su traducción al italiano de la segunda *Filípica* de Cicerón, aparecida en 1538 en las prensas de Venturino de Roffinelli en Venecia (Tiraboschi 1785, tomo VII; Renouard 1834, 125). En aquellos momentos Venecia era un centro impresor de primer orden. Ostentaba la supremacía en el mercado italiano, además de una posición muy importante dentro del Mediterráneo (Sarria Rueda, 44 y 46; Infelise, 83). Cuatro años más tarde, en 1542, Justiniano publica una segunda versión al toscano de un autor clásico. Se trata, en este caso, de la traducción del libro octavo de la *Eneida* de Virgilio. La obra aparece en las prensas de los hermanos Juan Antonio y Pedro Niccolini da Sabio, en una imprenta que estuvo activa hasta mediados de siglo (Ascarelli F., y Menato, 353-354) y en la que diez años antes ya había sido publicada otra traducción, en esta ocasión del libro IV de la *Eneida*, suscrita por messer Nicolo Liburnio (Kallendorf, 33-34).

La obra estaba dedicada al monarca francés, Francisco I. La nuncupatoria lo a su mecenazgo, abordando el *topos* recurrente que hermana el cultivo de las armas y las letras, en la línea de la propaganda que construye lo que se ha dado en llamar el “mito” de Francisco I. Se refiere igualmente al recién creado colegio de los Lectores Reales del que dice es “pierr di ogni eruditioni, di ogni ciencia et sapiencia” (Justiniano, 1542, A2v) y también a la nueva Biblioteca Real, establecida por el monarca en Fontainebleau: “De cio ne fan testimonio tutti gli homini dotti e diligenti de nostro seculo, de quali non e alcuno che vi haggi roccata cosa alguna di letteratura degna di voi che no l’haggia ricevuta allegramente et havutala per una giogia et per un ornamento de la vostra ricchissima libreria, la quale V.S.M. intendo che adorna magnificamente in Fontana Bleo, no meno ad uso publico che a comodita privata” (Justiniano 1542, A3r).

Al ofrecerle la traducción, Justiniano no hace sino acomodarse a las propias inquietudes del monarca, que había enviado a sus emisarios a la península italiana a la búsqueda de manuscritos antiguos con el fin de enriquecer una biblioteca que, para el rey francés, no era sólo una tradición o una herencia, sino que, a imitación de los príncipes italianos, había llegado a convertirse en una cuestión de prestigio (Gadoffre, 154): “Percioche la M. V. eccelentissima con ogni studio, spesa et fatica fa ricercare gli authori antichi greci et latini in longa et oscura oblivione sepolti, de quali quando alcuno o per diligentia o per bona sorte vien tratto fuori da quelle tenebre et appresentatovi con

maggior plauso et allegrezza lo solete ricever voi, che altri non sogliano quelle cose che a loro giudicio et gusto sono preciose et soavissime” (Justiniano 1542, A2v).⁵

Al envío del impreso de Virgilio, Justiniano adjunta el manuscrito de una comedia de Terencio, además de ofrecer al Valois otras versiones de autores clásicos, entre ellas las de Horacio y Cicerón:

E per che intendo che ne la corte di V. M. homai questa nostra lingua volgare, che toska nominamo, è pervenuta a la sua riputatione con el favore che ella le presta, insieme con la illustrissima madama la delphina, io, trovandomi haver fatte alcune traduttioni di cose per ornamento et apliatione de la detta lingua di Vergelio, di Oratio, di Terentio e di M. Tullio, e non essendo state giudicate indegne del favore di V. M. eccellentissima da li medesimi suoi clarissimi et reverendissimi oratori apresso questo eccellentissimo domino monsignor di Rodez et di Monpollieri et parimente dal magnifico mecer Aluigi Alemanni, che ne ha veduto parte, le ne mando un sagio con questo ottavo di Vergelio cosi stampato et una comedia di Terentio scritta a penna, accio che o piacendo ella habbia il suo favore o non piacendo riceva manco intoppo in casa, che fuori. (Justiniano 1542, 84v-85r.)

El intermediario del traductor ante el monarca es, como se indica en el fragmento anterior, Jorge de Armañac, obispo de Rodez y embajador de Francisco I en Italia. También se menciona a Luigi Alamanni, poeta florentino refugiado en Francia desde 1530 y favorito del rey francés. Como señala Gilbert Gadoffre, la mayoría de los embajadores enviados por Francisco I a Roma, los principados italianos e Inglaterra eran letrados. En el caso concreto de Venecia, solían ser conocedores del griego, además de contar con sólidas redes de relaciones en los medios humanistas. Junto a sus labores diplomáticas, era parte de su misión la búsqueda de manuscritos raros para la Biblioteca Real, al tiempo que servían como enlace con sus homónimos ante la Sublime Puerta, encargados de realizar una tarea similar (Gadoffre, 94; Cornette, 121).

Creemos muy posible que Armañac fuera mecenas y protector de Juan Justiniano, al menos durante su primera estancia en Italia, como legado diplomático ante la Serenísima República de Venecia y ante el Romano Pontífice. En una epístola, cuenta cómo se conocieron en Venecia, durante la primera embajada del francés (1536-1539). En ella también se vanagloria de la correspondencia cruzada entre ambos o de su trato personal con el embajador cuando afirma como: “hemos conversado más de una vez en tu estancia de Venecia, cuando allí desempeñaste el cargo de orador real”.

Obispo de Rodez a los 29 años, embajador en Venecia a los 36 y cardenal pocos años más tarde - el 19 de diciembre de 1544 -, Armañac “actúa en todas partes como gran mecenas a la italiana, ofreciendo mesa a los hombres de letras, animando a los músicos, coleccionando obras de artes, siendo todo ello posible gracias a la acumulación de beneficios eclesiásticos” (Gadoffre, 94). Quizá fuera Vives el intermediario indirecto entre ambos a través del mencionado Germain de Vrie, ya que en la epístola que mencionábamos *supra*, Vives solicita el favor de Vrie para con Justiniano en estos términos:

Tiene ese hombre no sé qué vergüenza aldeana. Te lo recomendaría si no fuese, como presumo, más familiar amigo tuyo que mío, aún cuando yo tuviese para

⁵ Luis XII ya había enriquecido la Biblioteca Real incorporando parte de la biblioteca de los Visconti y los Sforza, ésta última una de las más bellas de su tiempo. La decisión de crear una nueva Biblioteca Real en Fontainebleau data de finales de los años veinte. En 1537 el monarca ordena en ella se estableciese un ejemplar de todo libro impreso en Francia, aunque no es hasta 1544 cuando los libros de Blois se trasladan a Fontainebleau.

contigo tal valía que pudiese recomendar a los otros. Por la bienquerencia que le profesas, bastará que yo te lo haya insinuado, pues él no lo hiciera nunca, si no me engaña la opinión que tengo formada de él. Lo hice con tanto más gusto y prontitud porque entendí por el título de algunas de tus obras que estabas al frente de los limosneros del rey. (Jiménez Delgado, 620-621.)

Las relaciones entre Brie y Armañac eran estrechas (Gadoffre, 94). En su origen quizá estuviera la figura del cardenal Luis de Amboise, obispo de Albi. Él fue el encargado de educar en su infancia a Jorge de Armañac y él fue, igualmente, el protector de Germain de Vrie durante su estancia en Roma en 1510, siendo Luis de Amboise quien le conseguiría su primer beneficio eclesiástico, el referido archidiaconato de Albi.

También es posible que el vínculo entre el cretense y Armañac se estableciera a través del impresor Francesco Torressano de Asola, en cuyas prensas en Venecia se publica la siguiente obra de Justiniano: dos traducciones al italiano de sendas *Comedias* de Terencio - el *Adria* y el *Eunuco*, publicadas en 1544. Hijo de Andrea Torresano, socio de Aldo Manucio, Francesco había trabajado con anterioridad asociado a su padre, a su hermano y a su sobrino, Pablo Manucio (Ascarelli y Menato, 333; Mellot y Queval, 574). Entre 1540 y 1544 se establece como editor independiente y es él quien promueve la traducción de Virgilio de 1542, como consta en el colofón de la obra.⁶ Como impresor y librero se relaciona con Jorge de Armañac, a quien le hace llegar al menos siete decenas de libros (Gadoffre, 235).

Justiniano dedica a Armañac la adaptación al toscano de Virgilio, un autor extraordinariamente popular cuyas sus obras habían sido repetidamente impresas desde la aparición de la imprenta, especialmente en Italia y, más concretamente, en la propia Venecia (Rhodes, 285-296). Esta versión tiene la intención, según el traductor, no de igualar en el verso romance al latino sino de "devolver Terencio a Terencio." En su nuncupatoria, Justiniano significa a Jorge de Armañac como favorecedor de las *buone lettere*, subrayando su "modestia, humanidad, prudencia y liberalidad." La razón que le lleva a ofrecerle la obra es el agradecimiento por su mecenazgo:

Y esto que yo hago ahora al dedicaros aquello que ya era vuestro, no creo que sea signo eficaz para demostrarle a su V. S. Reverendísima lo íntimo de mi ánimo en su servicio, ni para invitarla a amarme más de aquello que merezca la observancia de mis versos por usted, ni menos porque esto sea para igualar sus méritos con los míos, los cuales son muy superiores a mis fuerzas. Pero quizá pueda esperar dos cosas, las cuales siempre he deseado infinitamente: la una es que me tenga por hombre agradecido y la otra que V. S. Ilustrísima no me estime indigno de su gracia. A la cual suplico se digne recibir este pequeño servicio mío con el ánimo con que ella recibe las cosas de aquellos que infinitamente lo aman y lo reverencian y a la vez con este acento el encantado y feliz augurio mío. (Justiniano 1544, 4r.)

La nuncupatoria incluye además un elogio de Margarita de Angulema, mentora de Armañac. Este había entrado a su servicio y al de su esposo, el duque de Alençon, a la muerte del cardenal de Amboise. El vínculo entre ambos era tan fuerte que Richard Cooper llega a definir a Armañac como *une créature de Marguerite* (Cooper, 189-221).⁷ El traductor elogia la inteligencia, la bondad y la devoción de la reina de

⁶ In Venegia, per Giovann'Antonio et Pietro fratelli de Nicolini da Sabio, *a instantia di D. Francesco d'Asola* (Justiniano 1542, f. 113 v.).

⁷ Cooper considera tan importante el nexa establecido a través de Armagnac entre Margarita de Navarra y los humanistas venecianos que lo considera digno de un estudio en profundidad. Sobre las relaciones

Navarra, además de afirmar que quien la sirve a ella sirve a Dios. Se trata de una alabanza que es, cuanto menos, sospechosa puesto que de todos son conocidas las simpatías protestantes de la reina de Navarra y más si consideramos los términos en los que esta se redacta: “Una reina tal que no puede ser engañada porque es sabia [...] Cualquiera que no quisiera ser recomendado por vuestro testimonio y no desease ser aprobado por la bondad, la sabiduría y la religiosidad de la reina de Navarra, una dama en la cual se encierra y se comprende cuanto de bueno hay en este mundo, no sólo no sería siervo de Dios sino, más aún, de los enemigos de Dios” (Justiniano, 1544, 3r./3v.)

Junto a la nuncupatoria, se incluyen entre los escritos introductorios de la obra una epístola latina de Francisco Asola a Juan Grolier de Servières. Vizconde de Aquissy, fue también mecenas y protector de eruditos y literatos, además de dueño de una de las mejores bibliotecas de su época. En dicha misiva, el impresor testimonia su satisfacción por la calidad alcanzada por la edición, ya que en su opinión “Terencio no ha salido nunca de ninguna imprenta, después de ser encontrado, más correcto ni más enmendado que éste”. Refiere, igualmente, como ha gozado durante mucho tiempo del favor Grolier, antiguo protector de Aldo Manucio, de quien ha recibido incontables beneficios. Con su carta busca colocar el libro bajo su protección, alabándolo en estos términos: “Varón excepcional y verdaderamente digno de memoria viva y perpetua entre los hombres como ejemplo e imitación de la liberalidad y de la beneficencia hacia los literatos y amante de la virtud” (Justiniano 1544, 8r.).⁸

A finales del año siguiente, 1545, Justiniano trata de valerse nuevamente del favor de Armañac para llegar al monarca francés y a su hermana, la reina. En esos momentos está trabajando como docente, ya que en sus cartas alude a “otras obligaciones, sobre todo escolares”. También sigue siendo alguien muy vinculado con el mundo del libro y la imprenta, hasta el punto de recomendar al embajador francés a un compatriota suyo, tipógrafo, enviándole como carta de presentación, amén de unas líneas, “unas muestras de caracteres griegos realizadas por su propia mano”.

Esta información está extraída de sendas epístolas fechadas en Padua el 21 de octubre y 1 de noviembre de 1545. En ellas, el cretense ofrece al embajador francés nuevas traducciones. La primera es la versión en italiano de la gran obra póstuma de Vives, *De veritate fidei christianae*, que dice tener ya muy adelantada. La publicación del original latino era relativamente reciente ya que había aparecido en enero de 1543 en las prensas de Oporino en Basilea, bajo los cuidados de Cranevelt (Schulte Herbrüggen, 67, nota 14). Justiniano alaba la obra, de la que dirá “no debe ser despreciada por ningún cristiano, sino abrazada por todos” y afirma tener la voluntad de dedicársela a Margarita de Navarra porque sabe de la predilección sentida por la reina hacia Vives. En la epístola, Justiniano vuelve a alabar la religiosidad de Margarita, pues “se dice siempre, exhala y respira a Cristo”. Sabe de la existencia de alusiones a su persona en la correspondencia cruzada entre Margarita y Armañac ya que alude a “las cartas que habéis dirigido en alguna ocasión sobre mí a la reina de Cantabria”. También aprovecha

entre Armañac y Margarita pueden consultarse las epístolas recogidas por Jourda, 1930, 136, 183, 195, 220, 237. Cartas 613 (1536), 812 (1540), 881 (1542), 985 (1544-1545), 1059 (1547).

⁸ Grolier fue secretario, tesorero e intendente de los ejércitos de Francisco I en Italia. Su estancia en la península (Milán, Venecia y Roma) está datada entre 1509 y 1525-1526. Su biblioteca estaba formada por ejemplares escogidos de las mejores obras de la época y fue descrita como *une merveille de son temps*. Gran comprador de libros, el 66% de los que adquiere proceden de Italia, el 27 % de Venecia. Recibe la dedicatoria de un buen número de impresiones, entre ellas la edición aldina del *De asse* de Budé. En el caso de las obras italianas, las nuncupatorias proceden de autores pertenecientes al círculo de Aldo Manucio como Franchino Gaforio, Marcus Musurus o Giovanni Batista Cipelli (Charon-Parent, 84 y ss.)

la oportunidad para insistir en sus vínculos con Juan Luis Vives en un testimonio que, abreviado, mencionábamos al iniciar este artículo:

He abordado la traducción de dos obras del latín al italiano. Una el *De veritate fidei christiana* del valenciano Juan Luis Vives, *un hombre al que estimé en vida y ahora, ya muerto, también venero*. Al saber que este autor era de la aprobación de la reina de Cantabria -pues escuché que él, ya en vida, era apreciado por ella por su singular honradez, su saber o su elocuente sagacidad_, decidí desde un principio dedicársela a su majestad, algo que de hecho haré cuando concluya la obra, pues la tengo en buena medida realizada.

En la segunda epístola Justiniano ofrece otros textos para el disfrute del monarca francés, Francisco I, concretamente, un discurso latino sobre Sebastiano Serlio, arquitecto real. Había sido compuesto en razón de la aparición en París, ese mismo año, de los libros I y II de su *Tratado de arquitectura*: “He preparado un discurso sobre Sebastiano, el actual arquitecto real, con motivo de esas obras de arquitectura que él recientemente ha publicado”.

En su misiva, Justifica su búsqueda de la protección real en las alabanzas que el propio Armañac realiza sobre el mecenazgo de Francisco I: “Porque decías que hoy día no hay ningún príncipe que favorezca más el talento de los hombres, que preste más atención a las mejores dedicaciones, que proteja de manera más afectuosa a quienes le ofrecen un trabajo literario suyo, ya en ese momento ya como promesa de futuro”.

También le ofrece otras traducciones al italiano de autores clásicos, concretamente de Suetonio Tranquilo y Terencio. La traducción del biógrafo romano le ha resultado especialmente difícil, tal y como él mismo refiere en estos términos:

¡Cuánta dedicación hace falta! ¡Cuánto esfuerzo y dificultad entraña proyectar la luz sobre las tinieblas y sobre esa oscuridad que caracteriza de manera muy especial a dicho autor no ya por las diferencias de aquellos tiempos y aquella vida, sino por la brevedad que él mismo se exigía como principio de estilo. Todos lo que, con el beneplácito de Minerva, han tenido la oportunidad de conocerlo saben cuánto merece Suetonio ser tenido en cuenta por los príncipes y que lo tengan siempre a mano. Pero, ¡qué pocos le prestan atención, no sólo por su oscura brevedad, sino por las prolijas e interminables perífrasis de los intérpretes y sus inagotables rodeos! (Justiniano, 1554, 9-10)

Justiniano valora en tanto su versión que incluso se ofrece a dejar manuscrita la obra para que sólo el monarca pueda gozar de ella: “Ahora querría que tú supieses que yo tengo fijo y grabado en mi corazón no entregar todavía a la imprenta esa obra, sino mostrarla a tu rey cuidadosamente manuscrita. Esto quiero hacerlo con una doble intención: para que una obra digna de un príncipe, divulgada y en venta, no se envilezca y porque la vida y las hazañas de los príncipes a los príncipes convienen y no al vulgo”.

Pide consejo a Armañac sobre el momento y el modo de entregar las obras al monarca -“en que manos, en Ferrara o en Venecia, queréis que yo confíe a Suetonio, para que llegue a vosotros con más seguridad y facilidad”- marcando un plazo de cuarenta días antes de ofrecer la obra a otro postor y brindando junto a Suetonio, las referidas cuatro comedias de Terencio, también manuscritas: “Y si, como creo, tú lo apruebas, te dedicaré cuatro comedias de Terencio que todavía no han visto la luz y que desde hace tiempo debo a tu nombre, también manuscritas, o si lo prefieres, impresas con sumo cuidado [...]. Esperaré vuestra carta hasta dentro de cuarenta días. Pero si, cosa que no querría, os pareciese que debo buscar otros patronos para mis estudios, los buscaría”.

Sin embargo, ninguno de estos proyectos llega cuajar. Aunque Armañac agradece la dedicatoria de las dos comedias de Terencio, será incapaz de ofrecerle, a cambio,

contraprestación alguna, tal y como prueba su respuesta, datada en Ferrara el 13 de noviembre de 1545 (Justiniano, 1544, 18). Esta es la posible razón de que, ocho años más tarde, en 1553, el cretense brinde nuevamente la traducción de la obra de Vives a otro posible mecenas, el conde de Haye y Sanscrite, procurador imperial. En la epístola que le dirige, afirma no haber finalizado aún la tarea, arguyendo contra lo dicho *supra* que la había emprendido en su día con el único fin de entregársela al conde: “Tras tu marcha, recuerdo haber iniciado para ti la obra de Juan Luis Vives *De veritate fidei christianae*; una vez acabada, si nada lo impide, al punto te la entregaré, para que no creas haberla encomendado a un hombre poco diligente” (Justiniano 1554, 69).

Esto estaría en la línea de lo que Renouard defiende sobre Giovanni Giustinianno, quien cree que afirmaba haber sido autor de más traducciones de las que realmente habría suscrito, ofreciéndolas a diferentes mecenas. Sin embargo, nosotros hemos podido confirmar la existencia de la mayoría de ellas, siendo posible además que algunas de las restantes quedaran manuscritas.

La estancia en Padua. Los contactos con los Manucio

Varias epístolas de Justiniano (fechadas en 1545, 1549 y 1553) aparecen datadas en Padua. Emplazada a 35 kilómetros al oeste de Venecia, la ciudad era un importante centro comercial y de comunicaciones, además de acoger una universidad que, fundada en 1222 y dividida en dos en 1399 -un estudio de derecho civil y canónico y otro de artes y medicina, se convirtió bajo el gobierno veneciano en uno de los mejores centros universitarios de toda la península.

En 1549 el cretense trata de ofrecer sus servicios a Pablo Manucio, hijo de Aldo y responsable en ese momento de las prensas aldinas. Intenta que publique en su imprenta alguna de sus traducciones, tanto de autores clásicos como de escritores coetáneos, y le ofrece trabajos realizados a lo largo de esa década, antiguos y recientes, terminados y sin terminar: “Entre éstas tenemos ya algunas terminadas, como por las que han pasado ya incluso nueve años, otras medio acabadas, algunas otras sólo en un primer estadio y recién empezadas. Pero desearía sacar a la luz alguna de estas, para provecho común de la gente, con tu delfín como enseña, es decir, recomendada por tu criterio y bajo tu garantía”.

La epístola, datada en Padua el 7 de mayo de 1549, alaba la tarea de los Manucio y critica la de otros impresores. Denuncia, concretamente, la escasa calidad de algunos de los trabajos que salen de las prensas y el afán de lucro de los dueños de los talleres: “Y si en algún momento ardió este deseo y se extendió sobre la tierra este mal de la escritura, ahora, sin duda, es ese momento en el que especialmente se puede decir “escribimos poemas por todas partes, doctos e indoctos.” Anima e incita a este prurito de escribir no sólo la abundancia y la facilidad, sino también la sed y la avaricia de los tipógrafos, quienes tienen un extraordinario olfato para el beneficio”.

Por contraposición, elogia la calidad de las prensas aldinas, en general, y el trabajo de Pablo Manucio, en particular, concretamente como editor de las *Cartas a Ático*:

De esta mancha estuvo siempre muy alejado el taller de los Manucio. En efecto, tu padre, un hombre ilustrísimo, siempre hizo que de su imprenta no saliese nada de naturaleza imperfecta ni mal terminado; y vosotros, tus hermanos y, sobre todo, tú, hacéis esto en la actualidad con la mayor entrega y dedicación, de manera que nada hay más puro, más cuidado, nada más pulido, nada más nítido, limpio, inmaculado, en fin, nada más elegante, intachable o perfecto que vuestra imprenta [...] Así que ya surge como un prejuicio que todo lo que salga de la imprenta de

los Manucio es, sin ninguna duda, perfecto en todos sus elementos. (Justiniano 1554, 137-138)

Eran estas quejas habituales en los escritores de la época, quienes solían alabar a los impresores en las nuncupatorias y textos impresos, reservándose las reconvenciones para la correspondencia privada. Sirvan como ejemplo las siguientes palabras de Juan Luis Vives, extraídas de su correspondencia con Cranevelt y datadas en Oxford y en Brujas en 1524, en las que critica título escogido por el impresor precisamente para su *Instrucción de la mujer cristiana* y los numerosos errores de la edición:

Los libreros sólo buscan su interés y tal vez el libro tenga más venta por el señuelo de su título, pero las más de las veces lo encuentran más ruin, una vez lo han leído, y yo quedo en peor situación [...] ¡Ya ves que grande es la negligencia de los impresores! ¡Y qué abultados los dislates! Como cuando imprimen *videndum* en lugar de *vivendum*, *millium* en lugar de *militum*, *cogita* en lugar de *cogitata*, *obediant* en lugar de *obeant*. Es decir, que imprimen no lo que el autor escribió, sino lo que ellos creen que debió escribir. (Jiménez Delgado 1978, 344 y 358)

Sabemos que a finales de 1549 Justiniano sigue en Padua, donde trabaja como preceptor de Andrea Mateo Acquaviva, hijo del duque de Adria. A él le dedica, como presente navideño, un *Breve comentario sobre los memorables hechos acaecidos al ilustre príncipe Maximiliano, rey de Bohemia*. El cretense es el responsable de su formación en materia de humanidades, compartiendo su tarea con dos juristas italianos, Marco Mantua Benavides y Mateo Gribaldo. El primero, profesor de derecho durante muchos años en la Universidad de Padua, está considerado uno de los grandes juristas de su tiempo. La figura del segundo, por su parte, adquiere mayor relevancia por su amistad con Justiniano y porque en un determinado momento se convierte a la reforma protestante. De hecho, parece que es él el responsable de la primera publicación de la referida obra, reimpresa por Juan Oporino en Basilea en 1554. Con razón de esta segunda impresión, Justiniano dirige una misiva al impresor en la que suscribe esta responsabilidad del de Chieri, al afirmar que como el discurso “con Gribaldo como inspirador, se publicó y me fue encargado.”

El posible viaje a Chipre y las obras de 1552

La situación económica del cretense seguía siendo difícil en los inicios de la década de los cincuenta. Diferentes indicios apuntan a su relación con la abundante colonia de chipriotas instalada en Venecia y en Padua, así como a su participación en las polémicas que enfrentan a los escritores y literatos italianos de la época.

En 1552 publica, al menos, dos obras: la *Epístola a Lázaro Bonamico* y un *Discurso sobre el pontífice Nicolás de Esmirna*. Aunque la *Epístola* aparece inicialmente de forma anónima, la autoría de Justiniano es cierta. Silvana Seidel Menchi ya la reivindicaba basándose en la impresión de las obras de Justiniano realizada por Oporino en 1554 (Seidel Menchi, 237 nota 2). Es esta una cuestión que nosotros podemos confirmar a partir del estudio de algunas de las misivas incluidas en el epistolario latino. En ellas, Justiniano afirma explícitamente haber publicado “por broma y gusto” una obra inicialmente aparecida “bajo seudónimo.” El texto fue redactado en razón del fallecimiento de Lázaro da Basano, uno de los docentes de más prestigio de la república de Venecia.⁹ La finalidad de la epístola era, al igual que la

⁹ Amigo de Musuro, de quien aprendió la lengua griega y de Aldo Manucio, había sido también discípulo y colaborador en Padua de Pomponazzi. Buscó manuscritos griegos para la imprenta aldina, además de ser preceptor de Galeazzo Gonzaga y de Hércules de Este (1522). Durante su estancia en Roma se

Apología de la epístola a Lázaro Bonamico o la Declamación en boca de Nestor para aplacar a Aquiles, defender la figura de un humanista italiano recién fallecido. Quería, por utilizar sus propios términos: “Censurar la maldad de quienes buscan la luz con las tinieblas de los demás, difamando la ajena, y la quienes así desprecian o simulan despreciar los escritos de los hombres de su tiempo, aunque ellos mismos querrían ser estimados por la posteridad” (Justiniano 1554).¹⁰

En la epístola contraponen el estilo de Erasmo al de Bonamico, de quien Augustin Renaudet destacara la “extrema elegancia de su prosa clásica” (Seidel Menchi, 237 nota 2; Renaudet 1998, 374). Esto situaría a Justiniano en el centro del “ambiente de fuertes rivalidades, envidias y polémicas entre determinados círculos de hombres de letras italianos,” como también demostrarían unos versos compuestos por Nicolo Franco, un “literato de pago por composición durante los años treinta” que suscribe un poema satírico muy crítico con su traducción de Terencio. Dirige sus versos a “Ms. Giovanni Giustiniano, pedante”, y así los transcribe Adolfo Bonilla (342-343):

Giusttiniano poca gloria e frutto
 in somma t'hà recato il traslatate,
 non havendoti dato un desinare
 Terentio in verso idracciolo tradutto.
 [...]
 Ma tu, da stroppiatissimo scrittore
 in ciò non miri e non fai differenza
 tra l'esser traduttore et traditore.

Por lo que respecta al *Discurso sobre el pontífice Nicolás de Esmirna*, este está dedicado al arzobispo de Nicosia, Livio de Podocataro, miembro de una de las más ilustres familias griegas de Creta (Setton, 755). Sobrino del también cardenal y arzobispo Ludovico Podocataro, heredó de su tío una importante biblioteca. Residió en Venecia, y fue corresponsal de Aldo y Pablo Manucio (Pastorello) y de Pietro Bembo. Según el testimonio de Justiniano, habría sido su mecenas, ya que en la nuncupatoria alude al “recuerdo de los numerosos y muy oportunos beneficios que en otro tiempo me prestaste”.

En 1552 Justiniano recibe una propuesta para abandonar la península italiana y trabajar como preceptor en Chipre. La isla era, en aquellos momentos, un emporio comercial amén de un lugar de paso para los peregrinos que se dirigían hacia tierra santa. Sabemos que existía una gran falta de escuelas y muchas dificultades para encontrar docentes, especialmente en las ciudades de Nicosia y Famagusta, porque así lo reflejan las constantes peticiones realizadas por las autoridades de la isla ante la Serenísima (Skoufari, 103-144).

La oferta posibilita el ejercicio retórico de dos de sus amigos, Lorenzo Contarini y Marco Antonio de Pésaro, que se significan uno en contra y el otro a favor de dicho viaje. La disuasoria del de Pésaro es anterior. Su argumento fundamental es que “la pérdida supera al beneficio”, además de subrayar los daños y peligros que supone

relacionó con Iacopo Sadoletto, Pole y Gaspar Contarini, siendo contratado como profesor de griego y latín en el *Studio* de la ciudad por la Serenísima en 1530. Allí enseñaría hasta su muerte, pese a las invitaciones de Clemente VII para ir a Roma, Stanislao Orsio (Polonia), Fernando de Austria (Viena) o Cosme de Medici (Florencia). Hoy en día es poco conocido porque las obras que han llegado hasta nosotros son escasas, en parte porque quedaron manuscritas y en parte también gustaba poco de escribir. A diferencia de muchos de sus contemporáneos que escribían, según él, buscando la propia gloria, prefería las obras de los clásicos “a quibus ad nos omnis doctrina et sapientia defluxit”.

¹⁰ Uno de los autores que atacó a Bonamico fue Gaudenzio Merula, *Terentianus dialogus*, ca 1543, 50 v.-52 r. (Seidel Menchi, 237 nota 2).

tamaño viaje. Lorenzo Contarini, en cambio, es el encargado de redactar la epístola suasoria, fechada el 1 de septiembre de 1552. Pertenecía a una familia de rango senatorial y había sido embajador de la república veneciana ante Maximiliano de Habsburgo y Francisco I. Retornado a la ciudad de los canales en el otoño de 1551, era por aquel entonces *avogadore di comun*. Sobre su carácter y su personalidad conservamos el testimonio de Alvise Mocenigo, embajador de Venecia ante Carlos V y futuro Dogo de la república con el que coincidió en el Sacro Imperio Romano Germánico durante el tiempo de su embajada, en una alabanza y que transcribimos porque lo encendido del elogio parece trascender los límites de la retórica:

Gentil' homo raro et di qualità, che in ogni loco dove si attroverà, farà sempre grande honore alla Serenità Vostra. Sua Magnificentia è humana, benigna, affabile, destra et prudente, è accorta et di un bel spirito, negocia le cose publice, intratien ben ogn'uno, che si attrova seco è splendido et liberale et in fine ha tutte quelle parti che Vostra Serenità po desiderar in un par suo, tanto che io le affirmo che come ogn'uno in quelle corti l'amava, così si è doluto assai della partita sua.

Prueba de la amistad entre Contarini Justiniano es que la oferta para trasladarse a Chipre como preceptor había sido formulada en su propia casa, tal y como él mismo describe en su epístola suasoria: “Asunto éste sobre el que te recuerdo que te hablé cara a cara, cuando acerca de esto mismo traté contigo en mi casa, en Venecia, en presencia del muy honorable chipriota Juan Zamberlano, mi huesped y amigo, que te incitaba a esta partida” (Justiniano 1554, 173-176).

Entre las razones que Contarini arguye a favor de la proposición se incluyen la riqueza y la salubridad de la isla, el buen carácter de sus gentes e incluso la calidad del vino,¹¹ tal y como se detalla a renglón seguido: “En esta isla serás muy querido por toda su más alta nobleza. Parecerá que vosotros, tú educando a sus hijos con buenos oficios, instruyéndolos con consejos y dotándolos de virtudes, y ellos, por su parte, colmndote de recompensas y de muestras de su gratitud, hayáis emprendido una competición hermosísima y digna del mayor elogio” (Justiniano 1554, 173-176).

La ocasión es propicia para hacer alusión a los trabajos anteriores de Justiniano como docente en diferentes ciudades italianas: “Todos te hemos conocido siempre muy sobrio o satisfecho con muy poco y formado en tales capacidades y estudios que no puede faltarte nada en las más florecientes ciudades de Italia, en las que, con tu magisterio, alcanzaste muchos honores, distinciones y reconocimiento por tu cultura” (Justiniano 1554, 173-176).

La publicación del epistolario latino

En 1554 aparecen las *Epístolas familiares, morales o declamatorias*.¹² Se publican en Basilea, junto con otras de sus obras, en las prensas de un impresor de prestigio, Johann Opporinus, formado en la imprenta de Froben, editor de Vesalio y generoso anfitrión de pensadores radicales en materia religiosa. Es este el primer contacto entre el impresor y el autor, quien testimonia en dos de sus epístolas la voluntad de conocer y satisfacer sus gustos y, como el mismo expresa, “sondear su paladar” a cuenta de futuros negocios a realizar con obras “no mucho menos gustosas que estas.”

¹¹ Conocido en la época como “vino griego” y especialmente reputado.

¹² Bonilla y San Martín apunta a la existencia de una edición anterior anónima de las *Epístolas*, publicada en Venecia en 1552 y dedicada a un noble parmesano, hecho este que no hemos podido confirmar (Bonilla, 342 nota 113).

En la relación entre Oporino y Justiniano resulta clave Mateo Gribaldo. Él es quien muestra por primera vez una obra del cretense al impresor, quien actúa como correo entre ambos y quien queda encargado de negociar los detalles de la impresión. Así lo detallan las epístolas que Justiniano envía a Oporino desde Padua el 7 y 16 de julio de 1553. De hecho, es Gribaldo quien, en su visita a Basilea del año anterior, había dado a conocer entre los círculos de italianos emigrados en la ciudad la *Epístola a Lázaro Bonamico*. De este modo lo narra el propio Justiniano en la segunda de sus misivas: “Queda sólo que agradezca en mi nombre a esos héroes que el año pasado recibieron ahí a nuestro amigo Gribaldo con tanta alegría y respeto y con tanto cariño lo trataron y que dignificaron con su lectura esa epístola mía, chistosa más que burlona y que me ofrecieron su reconocimiento lleno de respeto” (Justiniano 1554).

A su vuelta, Gribaldo le traslada el interés de Oporino por reimprimir la *Epístola* junto con alguna otra de sus obras -“alguna otra de mis boberías.” Será Gribaldo, como hemos señalado, quien traslade físicamente las obras desde Padua hasta Basilea, además de encargarse de ultimar la edición - “ahora te mando con Gribaldo unas pequeñas obras, para que las publiquéis”; “éstas me han parecido más que suficientes para cargar a Gribaldo”; “lo demás lo tratará contigo Gribaldo”. Durante ese viaje, el jurista italiano no sólo recabaría en Basilea, sino que entrará en contacto en Ginebra con el grupo de refugiados italianos que simpatizaban con Miguel Servet (Biandrata, Alciati, Gentile), además de ser testigo de su juicio y de su ejecución, el 27 de octubre de 1553.¹³

Antitrinitario notorio, Gribaldo salvaría su vida tan sólo mediante una abjuración fingida, lo que convierte cuanto menos en interesantes las reiteradas alabanzas a su persona y las explícitas confesiones de amistad que Justiniano incluye en las misivas a Oporino. En ellas habla de su “mutuo y no pequeño afecto”, además de presentar a Gribaldo como un hombre “sencillo y honrado”, “perspicaz y de un criterio muy agudo.” También dirá de él que es alguien “entendido en amistad no menos que en derecho” amen de ser “el primero en el conocimiento de leyes, que enseña públicamente” y “el más cuidadoso en la elección y el cultivo de buenas amistades” (Justiniano 1554, A2r.- A7r.)

Oporino reimprime algunas de los textos anteriores de Justiniano. Es el caso de las dos obras de 1552, la *Epístola a Lázaro Bonamico* y el *Discurso sobre san Nicolás de Esmirna*. En ambos casos, la intención argüida es mejorar la edición y ampliar su difusión. Así, en opinión de su autor, la *Epístola* “debía trabajarse de nuevo en tus tipos y tu prensa y divulgarse entre vosotros”, al tiempo que testimonia su desagrado por la edición anterior del *Discurso*, que cree “fue recogido y estropeado por nuestros impresores de la manera más indigna”. En un primer momento parece que va a hacer llegar a Oporino otras dos obras, la referida *Apología de la epístola a Lázaro Bonamico* y la *Declamación en boca de Nestor para aplacar a Aquiles*. Sin embargo, finalmente el cretense cambia de idea y las sustituye por otro texto al que también hemos hecho mención, el *Comentario sobre la famosa hazaña de Maximiliano, rey de Bohemia*. (Justiniano 1554, A6r. y A7v.- A8r.)

Por lo que respecta a las *Epístolas*, Justiniano envía con Gribaldo como correo “siete cuadernos de epístolas: tres de epístolas familiares, dos de suatorias y otros dos de epístolas morales.” Las epístolas familiares incluyen hasta un total de once cartas cruzadas fundamentalmente entre Justiniano y sus mecenas. Ocho pertenecen a la correspondencia de Justiniano y Armañac. Las tres restantes son la mencionada epístola

¹³ Desde allí tendrá que huir a Tubinga, en cuya universidad ocupó la plaza de derecho civil y donde fue nuevamente acusado de herejía en 1556. Volvería a ser apresado en Berna, donde se produce la referida abjuración.

a Pablo Manucio, otra destinada al médico e historiador Paolo Giovio y una última dirigida al conde de Haye y Saschire.¹⁴ Por su parte, las sesenta y seis epístolas morales abordan temas muy variados: la felicidad, el modo de vida, el estudio, la amistad, la elección de esposa, la virtud, la memoria, la adulación, el adulterio, la educación de los hijos, la servidumbre, la soberbia, la gula, la insolencia, la avaricia, la envidia.... Las epístolas declamatorias se incluyen al final y son un total de cuatro: una rogatoria, una suasoria, una disuasoria y una suasoria jocosa. La primera está dirigida a los adolescentes franceses, mientras que la última es la epístola a Lazaro Bonamico. Las otras dos son las referidas misivas de Lorenzo Contarini y Marco Antonio de Pésaro que, como veíamos, resultan especialmente interesantes por la información que proporcionan sobre nuestro autor.

Justiniano tiene o finge reservas a la hora de presentar públicamente el epistolario, precisamente por el ambiente de polémica existente entre los hombres de letras italianos. Así lo señala abiertamente en la nuncupatoria de la obra destinada a Oporino, en la que se adelanta a las posibles críticas, denunciando a los “ciceronianos” y alabando la calidad de la prosa latina de algunos de los padres de la Iglesia, de algunos humanistas e, incluso, de algunos clásicos:

En lo que a mis *Epístolas* se refiere, temía, ante todo, los juicios del público, especialmente aquellos que aquí entre nosotros piensan que nadie merece ser leído si no se parece a Cicerón como dos gotas de agua. Por eso, en este género me figuraba que todos los candidatos a la gloria de Cicerón, en formación cerrada, arremeterían contra mí para expulsarme de su comunidad. Pues esos que no reconocen tan siquiera a Plinio, a Policiano, a Hermolao, a Budé, a Erasmo, por no citar también a Jerónimo, Cipriano, Petrarca, Pío, León, Marsilio y a todos los demás que destacaron en este género. Al ver –como digo– que éstos, despreciados por aquellos y apartados en un rincón, quedaban silenciados, que cubiertos de polvo y herrumbre quedan ocultos entre tinieblas ¿qué futuro podría esperar para mis *Epístolas*?

El epistolario resulta, igualmente, interesante porque ejemplifica el protagonismo que las relaciones epistolares tuvieron en la construcción de la *República de las Letras* del Renacimiento. No todas las cartas eran iguales: las había formales e informales, escritas para ser secretas o redactadas para ser publicadas... Todo ello implica una variación en la forma, en el tono y en el contenido de las cartas, pero también en el grado de fiabilidad de la información que se nos transmite. En ocasiones también consta información sobre su propia elaboración, su envío e incluso su extravío. Las misivas eran trasladadas físicamente por amigos, comerciantes, viajeros o porteadores, cuyo grado de confianza, su partida o el lugar de entrega eran frecuentemente comentados en las cartas (Schulte Herbrüggen, 70). Entre las epístolas existía, igualmente, una gradación que solía venir dada por la *calidad* del emisor o del destinatario. El que el texto fuera holografo le confería un mayor valor. En la época era muy común la utilización de amanuenses, que escribían la carta completa o que simplemente añadían la dirección del destinatario. Por ello, Justiniano se vanagloria de que Jorge de Armañac haya incluido en las epístolas que le dirige fragmentos escritos de su puño y letra: “En

¹⁴ Formado en Pavía y en Padua con Pomponazzi, asistió a Clemente VII durante el *sacco* de 1527. Obispo de Nocera dei Pagani, construyó un palacio en Como donde instaló un museo que fue muy famoso en su día y que recibió donaciones de soberanos, prelados y nobles de toda Europa. Autor de unos *Commentari delle cose de' Turchi* (Venecia, 1531) y también de numerosas biografías, entre ellas las de Filippo Maria Visconti, Alfonso de Este, el Gran Capitán, León X o Adriano VI. Su obra más famosa es una historia de la Italia desde la invasión de Carlos VIII hasta 1547 que fue publicada en Florencia entre 1550 y 1552.

otras ocasiones has respondido a mis cartas de modo tan afectuoso y amable que, no contento con la mano de tu secretario, me honraste más a menudo con tu propia caligrafía”.

De hecho, la amistad era uno de los tópicos favoritos en el propio género epistolar: se habla de visitas recíprocas, de la presentación de nuevos amigos, se solicita ayuda para cuestiones escolares, políticas o teológicas... (Schulte Herbrüggen, 68) En este caso concreto, las misivas refieren el trato familiar con Armañac o Contarini, la admiración sentida por Vives, la manera en que se inician las relaciones con Oporino, la forma y el lugar en el que se le ofrece la docencia en Creta... El epistolario aporta, con ello, una variada información sobre Justiniano y su círculo de relaciones, aunque debemos ser cuidadosos a la hora de valorar los datos que se nos ofrecen: las amistades y los compromisos pueden ser reales, pero también un ejercicio de ostentación, una profesión, un mero alarde, un escudo, un arma arrojadiza o tan sólo una ficción.

Conclusión

El recorrido que hemos realizado nos permite conocer un poco mejor, través de su pluma o de las opiniones de aquellos que le conocieron, tanto su trayectoria biografía como su producción escrita. El afecto de Vives, de Gribaldo, de Contarini o de Marco Antonio de Pésaro, la malquerencia y la burla de Nicolo Franco, el interés mostrado por un impresor como Oporino o su búsqueda constante de mecenas y protectores aportan nuevos datos sobre un Juan Justiniano que no fue sólo, como hasta ahora se creía, el traductor de Vives. Necesitaba subsistir gracias a su docencia y a su pluma, aunque quiera disimular esto última haciendo creer que era su propia voluntad la que le llevaba a ser un escritor incansable: “Dado que estoy gravemente afectado por el mal de la escritura, que no puedo estar sin escribir, preparar o idear algo” (Justiniano 1554).

Se vio obligado a vivir de una práctica, la de la traducción, que constituye un capítulo fundamental en la historia de la cultura muy especialmente en el Renacimiento. En la epístola a Pablo Manucio, datada como referíamos en 1545, el cretense, que ya ha cumplido ya los cincuenta y se encuentra en una edad en la que sus amigos le llaman ya “anciano”, justifica el haber consagrado su vida a la traducción de los clásicos recurriendo a un *topos* bastante común en la época, la superioridad de los “antiguos” sobre los “modernos”:

Al ver que todos los temas han sido ya tratados por los antiguos, que casi no queda ya espacio para los nuevos y pensar, además, que si se ha innovado algo por los modernos al estar difundido eso basta y sobra para abrumar a cualquier lector por estudioso que sea, aunque no se aportase nada nuevo creía que era más que suficiente interpretar lo antiguo y aclarar con comentarios lo que quedase un tanto oscuro [...] o traducir esas obras latinas al italiano, para los que saben poco latín [...] Consciente de mi pequeño talento y mi debilidad, he emprendido el camino de no publicar nada nuevo sino de traducir, con el mayor cuidado posible, algunas de las obras transmitidas por los antiguos o incluso por los nuestros que, en mi opinión, merezcan ser especialmente conocidas. (Justiniano 1554, 39-40)

Sirvan estas líneas de modesto homenaje a un hombre que nunca retornaría a su lugar de nacimiento, un eterno expatriado que tendría que conformarse con argüir que: “El amor a la patria se aprecia más tras el exilio”.

Obras citadas

- Ascarelli, Fernanda y Menato, Marco. *La tipografía del' 500 in Italia*. Florencia: Leo S. Olschki editore, 1989.
- Bataillon, Marcel. *Erasmus y España*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1950.
- Bonilla y San Martín, Adolfo. *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento*. Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1929.
- Clair, Collin. *Historia de la imprenta en Europa*. Madrid: Ollero y Ramos, 1998.
- Cooper, Richard. *Litterae in tempore belli. Études sur les relations littéraires italo-françaises pendant les guerres d'Italie*. Ginebra: Librairie Droz, 1997.
- Coronel Ramos, Marco Antonio. "Las traducciones castellanas (Valencia, 1528 y Alcalá, 1529) del *de institutione feminae christianae* de Juan Luis Vives (Amberes, 1524)". En prensa.
- Croce, Benedetto. *La lingua spagnola in Italia*. Roma: Loescher, 1895.
- Fantazzi, Charles. "Vives and the emarginati". En: Fantazzi, Charles ed. *A companion to Juan Luis Vives*. Leiden, Boston, Tokio: Brill, 2008. 65-112.
- Febrer Romaguera, Manuel V. *Ortodoxia y Humanismo. El Estudio General de Valencia durante el rectorado de Joan de Salaya (1525-1558)*. Valencia: Universidad de Valencia, 2003.
- Fuster, Joan. *Llibres i problemes del Renaiximent*. Barcelona: Institut de Filologia Valenciana, 1989.
- Gadoffre, Gilbert. *La révolution culturelle dans la France des Humanistes*. Ginebra: Droz, 1997.
- García, Angelina. *Els Vives. Una família de jueus valencians*. Valencia: Eliseu Climent, 1987.
- Infelise, Mario. "La librairie italienne (XVII^e et XVIII^e siècles)". En: Barbier, Frédéric, Juratic, Sabine, & Varry, Dominique, dirs. *L'Europe et le livre. Réseaux et pratiques du négoce de librairie, XV^e-XIX^e siècles*. Langres: Klincksieck, 1996.
- Jourda, Pierre. *Repertoire analytique et chronologique de la correspondance de Marguerite d'Angoulême, Duchesse d'Alençon, Reine de Navarre (1492-1549)*. Paris: Honoré Champion, 1930.
- Justiniano, Juan trad. *Il libro ottavo de la Eneide de Virgilio per messer Giovanni Gustiniano di Candia*. Venecia: Giovanni Antonio e Pietro Nicolini Da Sabbio, 1542.
- . *Epistolae familiares, scholasticae sive morales declamatoriae*. Basilea: Juan Oporino, 1554.
- Kallendorf, Craig. *A bibliography of Renaissance Italian traslation of Virgil*. Florencia: Leo S. Olschki editore, 1994.
- Kristeller, Paul Oskar, ed. *Iter italicum. Italy: Agregento to Novara*. London-Leiden: Brill, 1963. Vol. I.
- Lecoq, Anne-Marie. *François I^{er} imaginaire: Symbolique et politique à l'aube de la Renaissance*. Paris: Macula, 1987.
- Lestringant, Frank. "Le Mhyte de François I^{er}, de Clément Marot à André Thevet". En: Ford, Philip, & Jondorf, Gillian eds. *Humanism and letters in the age of François I^{er}*. Cambridge: Cambridge University Press, Colloquia, 1996. 55-72.
- Martí Ferrando, Josep. *Poder y sociedad en el virreinato del duque de Calabria*. Universidad de Valencia: tesis doctoral, 1995.
- Mellot, Jean-Dominique, & Queval, Elisabeth. *Répertoire d'imprimeurs / librairies XVI^e - XVIII^e siècles*. París: Bibliothèque Nationale, 1997.
- Moreno Gallego, Valentín. *La recepción hispana de Juan Luis Vives*. Valencia: Generalitat Valenciana, 2006.
- Palau Dulcet, Antonio. *Manual del librero hispanoamericano*. Barcelona: Palau Dulcet, 1976.
- Pons Fuster, Francisco. "El mecenazgo cultural de los Borja de Gandía: erasmismo e iluminismo". *Estudis* 21 (1995).
- Provini, Sandra. "L'écriture épique de Germain de Brie et d'Humbert de Montmoret et l'humanisme italien." En: Deramain, Marc y Vagenheim, Ginette eds. *L'Italie et la France dans l'Europe latine du XIVE au XVIIe siècle. Influence, émulation, traduction*. Rouen: Universidad de Rouen, 2006. 79-94.

- Renouard, Augustin. *Annales de l'imprimerie des Aldes*. New Castle: 2003.
- Rhodes, Dennis E. "La publication des comédies de Térence au XV^e siècle". En: Aquilon, Pierre, & Martin, Henri-Jean dirs. *Le livre dans l'Europe de la Renaissance. Actes du XXVIII^e Colloque International d'Études humanistes de Tours*. Tours: Promodis 285-296.
- Rodríguez Puerto, Manuel Jesús. *La modernidad discutida (iurisprudencia frente a iusnaturalismo en el siglo XVI)*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1998.
- Rodríguez, José. *Bibliotheca valentina*. Valencia: Imprenta de José Tomás Lucas, 1747.
- Sarria Rueda, Amelia. "Los inicios de la imprenta". En: VVAA., *Historia ilustrada del libro español. De los incunables al siglo XVI*. Madrid: Fundación Sánchez Ruipérez, 1994.
- Schulte Herbrüggen, Hubertus. "A hundred new humanists' letters: More, Erasmus, Vives, Cranevelt, Geldenhouwer an othe Dutch humanists." *Bibliothèque d'humanisme et Renaissance* (1990): 65-76.
- Seidel Menchi, Silvana. *Érasme hérétique. Réforme et Inquisition dans l'Italie du XVI^e siècle*. Paris: Gallimard-Le Seuil, 1996.
- Setton, Kenneth Meyer. *The papacy and the Levant, 1204-1571. The sixteenth century*. Philadelphia, American Philosophical Society, 1984. Vol. IV.
- Skoufari, Evangelina. *Il regno de la repubblica. Continuità istituzionalli et scanbi interculturalli a Cipro durante la dominazione veneziana (1473-1570)*. Padua: Tesis Doctoral, 2008.
- Tucker, George Hugo. "Clement Marot, Ferrara and the paradoxes of Exile". En Ford, Philip y Jondorf, Gillian eds. *Humanism and letters in the age of François I^{er}*. Cambridge: Cambridge University Press, Colloquia, 1996.
- Vives, Juan Luis. *Instrucción de la muger christiana*. Alcalá de Henares: Miguel de Eguía, 1529.
- . *Instrucción de la muger christiana*. Zaragoza: Jorge Coci, 1539.
- . José Jiménez Delgado ed. *Epistolario*. Madrid: Editora nacional, 1978.
- . Teresa Howe ed. *Instrucción de la mujer cristiana*. Traducción de Juan Justiniano. Madrid: Fundación Universitaria española, 1995.
- VVAA. *Contemporaries of Erasmus*. Toronto: Toronto University Press, 1985.
- VVAA. *Dizionario Biografico degli Italiani*. Roma: L'Istituto dell'Enciclopedia italiana, 1983. Vol. 28.
- VVAA. *Erasme*. París: Robert Laffont, 1992.
- VVAA. *Histoire des Bibliothèques en France. Les bibliothèques sous l'Ancien Régime, 1530-1789*. París: Promodis, 1988. Volumen II.
- Ximeno, Vicente. *Escritores del Reino de Valencia*. Valencia; Joseph Thomas Lucas, 1749.